

CONSIDERACIONES ARTÍSTICAS

El arte es casi tan antiguo como el hombre. Ya el troglodita, en los largos periodos glaciares, estampa en sus cavernas las bellas figuras de lo que entonces constituían sus actividades. Hasta la transición del siglo XIX al XX, podemos considerar al arte como un medio estético de expresión. En los tiempos prehistóricos era relista o mitológico. Después, y según avanzaba la civilización, el contenido artístico respondía fielmente a la inquietud espiritual de la época: Así era religioso, guerrero, teológico, social, amoroso, etcétera. Pero a principios de nuestro siglo se produce en el arte un trascendente movimiento perfectamente estudiado en el ensayo de Ortega «La Deshumanización del Arte» y que se caracteriza fundamentalmente por una revalorización del medio artístico hasta el punto de dejarle desprovisto de contenido, lo que equivale por tanto al principio de «El arte por el arte». Además ofrece una marcada tendencia deshumanizadora, esto es, la huida de todo motivo humano. En mi opinión, esta segunda faceta puede concebirse más como abstracción que como realidad y, por eso, al quererlo plasmar en realidades se dió un paso decisivo hacia el caos.

La corriente artística que siguió al intento deshumanizador es la que impera en nuestros días y coincide con la anterior en cuanto al principio esencial de «El arte por el arte», pero en cambio la belleza y los valores estéticos que tanto predominio adquirieron en aquel movimiento, quedan muy relajados en el actual, ya que estos valores, para el artista de hoy, poseen tan sólo una cierta relatividad. Una inclinación desenfundada por lo abstracto y un extremado subjetivismo, son las notas imperantes en la actualidad. Ante la contemplación de algunas obras de hoy, quería yo palpar el caos que entreabrió la corriente deshumanizadora anterior; ¿es que fuera del terreno de las abstracciones es posible la deshumanización? Pero dejemos estas consideraciones ya que tan sólo intentamos comentar ahora algunos aspectos del ensayo de Ortega, y desde luego quede constancia de nuestro respeto para toda manifestación artística, tanto de ayer como de hoy. Y con esto pasemos ya a nuestro estudio.

El filósofo Ortega, excelente escritor, irrumpe copiosamente en el campo del ensayo y a veces, en alguno de ellos, se aligera un poco de su cargamento filosófico.

Al leer detenidamente «La Deshumanización del Arte», comprendo con facilidad la enorme influencia que debió ejercer este librito en el gran público. «La Deshumanización del Arte» es una obra magistral, clarividente, de extremada agudeza óptica. Cuanto en ella pueda haber de sofisticado queda envuelto por una prosa firme, maciza, rotunda, y además está escrita por un hombre de extraordinario prestigio intelectual. Basta, pues, para obtener el éxito pretendido, enarbolarse con dureza la fusta y herir en esa región tan

susceptible del hombre: su vanidad, su orgullo. Para Ortega y Gaset los no amantes o partidarios del arte que inicia nuestro siglo pertenecen a esa mesa aburguesada «incapaz de sacramentos artísticos, ciega y sorda a toda belleza pura».

Ante tan categórica afirmación es natural que quede el lector un poco aplomado. Sin embargo, nosotros, no sin temor, intentamos reaccionar y hasta discrepar. Y nuestra discrepancia, por muy osada que parezca, es desde luego de tipo fundamental.

Para nosotros, el arte es un medio; sublime, maravilloso, pero un medio, dotado ¡cómo no! de auténtica belleza en sí, ya que sin ella sería inútil todo intento artístico. Stokowski nos habla de la belleza que ofrecen los sonidos musicales como tales sonidos, sin un nexo o unión entre sí, v. gracia, cuando una orquesta afina sus instrumentos. Pero el logro pleno, definitivo, de una obra de arte consiste, precisamente, en la bella y concorde asociación de sonidos, palabras o colores hasta presentarnos, perfectamente expresado, un tema o motivo. El arte es por tanto, medio expresivo y, como tal, poderoso auxiliar de ideas, sentimientos, cosas. Si al arte le privamos de contenido y le concedemos a la vez un fin en sí mismo, habremos dislocado su misión.

Para Ortega y Gaset, en cambio, el continente y el contenido, por su completa distinción, deben ser disociados. Para él, ambas cosas necesitan acomodaciones oculares diferentes y, por tanto, si contemplamos una, no podremos ver la otra. Dice así: «Por lo tanto ver el jardín y ver el vidrio de la ventana son dos operaciones incompatibles; la una excluye a la otra. Del mismo modo, quien en la obra de arte busca el conmoverse con los destinos de Juan y María o de Tristán e Iseo y a ellos acomoda su percepción espiritual no verá la obra de arte». Y añade: «La mayoría de la gente es incapaz de acomodar su atención al vidrio y transparencia que es la obra de arte; en vez de esto, pasa al través de ella sin fijarse y va a revolcarse apasionadamente en la realidad humana que en la obra está aludida».

En nuestra opinión creemos modestamente que existe en el argumento un error de principio. En primer lugar, el continente y el contenido artístico vienen a ser algo así como la unión sustancial de alma y cuerpo. De no ser por un hecho milagroso, no pueden vivir por separado; ambos se necesitan y complementan y de ahí la razón filosófica y teológica del Dogma de la resurrección de los cuerpos. Pero además, para nosotros, la contemplación de los problemas de Juan y María o de Tristán e Iseo no excluyen en manera alguna la admiración y entusiasmo por el medio artístico. Es más, para poder convivir y «revolcarnos apasionadamente» (según frase de Ortega) en la realidad humana que en la obra está aludida, necesitamos la nobleza de la expresión artística. Si un problema

humano de honda trascendencia o patetismo es llevado a la ópera por un libretista deficiente o un músico no inspirado, o simplemente es interpretado con defectuosidad, entonces el problema humano, por sublime y grandioso que sea, no podrá ser vivido y comparado por nosotros. El vidrio tiene precisamente la misión de ofrecernos el jardín. Cuanto más límpida y luminosa sea la visión del jardín, más admiraremos y ensalzaremos la magnífica transparencia del cristal. Ahora bien, lo que no podremos realizar, sin grave pecado de dislocar las finalidades, es contemplar el vidrio por el vidrio. Este hecho, fuera de la cristalería de compra-venta, carecería de sentido.

Para Ortega y Gaset el arte romántico no produce efectos espirituales. Pongamos por ejemplo la Romanza en «fa» de Beethoven; ante lo que experimentamos por su audición, dice Ortega: «No es de orden espiritual. Es una repercusión mecánica como la dentera que produce el roce de un cuchillo sobre un cristal. El romántico caza con reclamo; se aprovecha inhonestamente del celo del pájaro para incrustar en él los perdigones de sus notas». Propugna, pues, un arte tan depurado que produzca exclusivamente movimientos espirituales, esto es, simplicísimos, cosa que consideramos nosotros absolutamente imposible. La imposibilidad del arte puro radica precisamente en la íntima naturaleza del artista y del receptor del arte: El hombre. La compleja constitución humana no permite sensaciones simples, desligadas y desconectadas del resto de sus componentes. Esfuerzos más denodados que los del artista moderno han sido ya realizados por místicos y ascetas para lograr esa simplicidad en el amor a Dios o en sus actos morales. Esfuerzo inútil. Por eso, resulta más eficaz en los avances del espíritu la sabia combinación de los heterogéneos ingredientes humanos. No en balde decía San Agustín: «El que reza cantando reza dos veces».

Y esta viene a ser la misma razón que imposibilita la deshumanización del arte o de cualquier otra actividad humana. El pintor, el músico, el poeta en sus más felices momentos de creación o interpretación no dejan de ser hombres. Podrán lograrse posiblemente impresiones nuevas, cambios de matices, sensaciones sorprendentes, pero siempre serán sin duda variaciones sobre un mismo tema. Huir de lo humano sin dejar de ser humano no puede realizarse sin incurrir en extravagancia.

Y concluyamos: Reconocemos con Ortega que, efectivamente, el arte de la última centuria y principios de nuestro siglo estaba demasiado recargado de Sociología, de Historia, de pasiones humanas, de Política. Urgía, pues, la aparición de un Pirandello, de un Stravinsky, de un Picasso que revalorizasen el medio artístico e incluso que exagerasen los valores estéticos. Pero de eso a trastocar definitivamente las esenciales finalidades de cada cosa, creemos que media un abismo y cuantos intentos se realicen para salvarle, presentarán una fuerte raíz de importancia.

Jesús SANTOS